

MARGARET GILPIN REID Y LAS ECONOMÍAS NO MONETARIAS

Cristina Carrasco

UNA REFERENCIA OBLIGADA

En las sociedades preindustriales no existía un único término para designar lo que hoy socialmente se conoce como trabajo. Cada tarea se la nombraba con un vocablo específico y no se aglutinaba bajo un mismo término actividades tan diversas como podían ser el cuidado de los animales y la recogida de la cosecha. Como categoría homogénea, la idea de trabajo surge durante la industrialización. A ello contribuyen los economistas clásicos que, al centrar su estudio en el trabajo industrial, lo categorizan como la única actividad productora de valor. Desde entonces el término trabajo se identificará con empleo y el resto de los trabajos desaparecerán del concepto.

Posiblemente las pioneras en plantear y discutir la idea de que la actividad que tiene lugar en los hogares es también trabajo y que, por tanto, los hogares no solo son consumidores sino también productores, fueron Helen Stuart Campbell y Charlotte Perkins Gilman. La preocupación básica de Campbell se situaba en la pobreza y las condiciones de vida de las mujeres a finales del siglo XIX, lo cual le llevó a estudiar y publicar un texto sobre la economía del hogar. Por su parte, Gilman define al hogar como un centro de producción donde las mujeres serían a la vez trabajadoras y administradoras y, por tanto, sostiene que los estudios de la economía del hogar debieran ser objeto de estudio de los economistas.

Después de esta primera visión de Campbell y Gilman, se reconoce a Margaret Reid como la primera economista académica que investiga y escribe sobre la producción doméstica, su conceptualización y sus formas de medición y valoración. Sus ideas quedan recogidas en su tesis doctoral publicada en 1934 bajo el título *The Economics of Household Production*. Sin embargo, a pesar de la relevante aportación que representó su obra, esta fue originalmente marginada por los economistas, ya que consideraban que el campo de estudio de la economía del hogar era una simple distracción femenina. No será hasta los años ochenta en que las aportaciones conceptuales de Reid sean reconocidas; aunque no por la economía neoclásica sino especialmente por las economistas que consideran que el trabajo realizado en los hogares forma parte de la economía. Son los inicios de la hoy conocida como economía feminista. Desde entonces, Margaret Reid ha sido la referencia obligada en los estudios de valoración del trabajo doméstico y en el desarrollo de las cuentas satélite de la producción doméstica.

BREVE ESBOZO ACADÉMICO

Margaret Reid nace en Manitoba, Canadá en 1896. Después de graduarse en "Home Economics" en la Universidad de Manitoba emigra a los EEUU donde enseña en diversas universidades. Se dedica fundamentalmente a la enseñanza de la Economía del Hogar, disciplina muy relacionada con el consumo de las familias. En 1951 se integra como profesora a tiempo completo en el departamento de economía de la Universidad de Chicago después de trabajar cinco años como economista en la División de Estadística de la Oficina del Presidente y como Directora de la Oficina de la Economía del Hogar, lugar este último, donde continuó sus estudios referidos al consumo y los presupuestos familiares.

A principios del siglo XX, años en que Reid enseñaba Economía del Hogar, existe en los EEUU una preocupación entre algunos economistas por integrar la producción doméstica en las cuentas nacionales. Sin embargo, según ellos mismos manifiestan, la diferente productividad entre el trabajo realizado bajo relaciones mercantiles y el realizado desde los hogares, además de la falta de administración "científica" de este último, les impide otorgar un valor monetario a la producción doméstica. Por tanto, como es de suponer, su preocupación por el tema, estaba desprovista de carácter reivindicativo.

Ahora bien, hacia los años treinta, tiene lugar en EEUU, una feliz confluencia de tres autoras, con un reconocimiento mutuo entre ellas, que llegan a analizar la producción doméstica a partir de sus estudios sobre la economía del consumo: se trata de Margaret Reid, su directora de tesis doctoral Hazle Kyrk y Elizabeth Ellis Hoyt. Trabajando las tres juntas, llegan a realizar algunos cambios importantes en las universidades estadounidenses, como modificaciones en el programa de Economía del Hogar o la creación de departamentos de economía del consumo centrados en el bienestar de las familias. Procesos en los cuales Reid estuvo activamente comprometida. De hecho, las tres mantuvieron preocupaciones sociales junto a sus intereses académicos.

Pero cuando en 1951 Reid se incorpora como profesora titular a la Universidad de Chicago, sus publicaciones y enseñanzas muestran un giro hacia la economía dominante (aunque ella continúa identificándose con la economía del consumo, que era en aquellos años una importante área de estudios empíricos relacionados con las condiciones de vida del hogar). En cualquier caso, Margaret Reid, como profesora de la Universidad de Chicago, discutió e inspiró los estudios de algunos de sus compañeros de facultad, particularmente, de Milton Friedman, Franco Modigliani y Gary Becker; todos ellos posteriores premios Nobel. De hecho, los estudios sobre la distribución del tiempo en el interior de la familia de Becker fueron una continuación de las conceptualizaciones realizadas por Reid. Sin embargo, Becker nunca hizo mención de la deuda intelectual que tenía con Reid; reconocimiento, en cambio, que sí han hecho Friedman y Modigliani en relación a la hipótesis de la renta permanente y a la hipótesis del ciclo vital respectivamente. Modigliani agradeció y reconoció la contribución de Reid a sus trabajos incluso en su discurso al recibir el Nobel. El agradecimiento de Friedman fue bastante menor sin llegar a reconocer que la idea original de la hipótesis de la renta permanente había sido de Reid. De hecho, hoy la hipótesis se atribuye a Friedman.

Margaret Reid muere en 1991, y aunque se había jubilado en 1961, continuó trabajando hasta finales de los años ochenta, yendo cada día a la biblioteca de la facultad donde tenía un lugar reservado para ella. Siempre fue reconocida como una incansable trabajadora.

SU PRINCIPAL APORTACIÓN: LA ECONOMÍA DE LA PRODUCCIÓN DOMÉSTICA

Reid fue pionera en otorgar importancia económica a actividades que tienen lugar al margen del mercado -diferentes conceptos de renta, formas de medición, la teoría de la renta permanente, etc.- sobre las cuales realizó un extenso trabajo empírico. Sin embargo, una de sus principales contribuciones fue en el campo de la producción doméstica.

Una característica destacable en los estudios económicos de Margaret Reid es la consideración de aspectos normativos y la inclusión de objetivos sociales como elementos relevantes. A este respecto, hacen referencia dos de sus críticas fundamentales a la economía oficial. Por una parte, plantea que son de mucha mayor relevancia los estudios relacionados con el bienestar de la población que los trabajos dedicados a la medición de la producción en términos monetarios. Y, por otra, critica la ceguera de la economía por no incluir en sus análisis las economías no mercantiles, fundamentalmente, la economía doméstica. Así lo expresa Reid en el capítulo que aquí se reproduce "Cuanto más nos hemos concentrado en los valores monetarios, más hemos pasado por alto la parte de nuestro sistema económico que no está organizada con fines de lucro". Tema que continúa vigente, siendo una de las críticas de la actual economía feminista a la perspectiva económica dominante.

En relación directa a sus estudios sobre la producción doméstica, discute y analiza fundamentalmente dos aspectos: su conceptualización, ¿qué se puede considerar producción doméstica y su medición?, ¿cómo se puede medir y valorar? En cuanto al primer tema, la autora reconoce la dificultad conceptual que representa definir la producción que no pasa por el mercado, es decir, realizada por medio de un trabajo no remunerado. Dificultades que tienen que ver con diversos aspectos: con los límites entre producción y consumo o entre producción y ocio, con la definición demasiado inclusiva de producción como creadora de utilidad, con la "producción conjunta" habitual en los hogares, y con aquellas actividades que implican relaciones afectivas, como por ejemplo, jugar con los hijos/as. Después de un largo análisis que tiene en cuenta los aspectos señalados, propone una definición conocida hoy como el "criterio de la tercera persona": "La producción doméstica consiste en aquellas actividades no pagadas que son llevadas a cabo, por y para los miembros del hogar; actividades que pueden ser reemplazadas por bienes de mercado o servicios remunerados, si circunstancias tales como la renta, las condiciones de mercado o las preferencias personales permiten que el trabajo sea delegado a alguien ajeno al hogar."

Definición, actualmente, muy utilizada y al mismo tiempo muy discutida. Ha sido muy utilizada porque, de hecho, mantiene una visión mercantil, ya que se considera producción doméstica solo aquella que pueda ser reemplazada por bienes o servicios de mercado, es decir, que tenga carácter de intercambiabilidad. Conceptualizarla utilizando un referente mercantil, facilita su tratamiento y su aceptación por los economistas acostumbrados a trabajar dentro de los límites del mercado. Sin embargo, aunque suele considerarse como la definición más objetiva, también presenta problemas para determinar qué actividades habría que considerar trabajo o producción doméstica. A juicio de la propia autora, por ejemplo, sería difícil considerar como trabajo doméstico el tiempo que se disfruta cuidando a un hijo; o existirían actividades difíciles de delegar como la organización y gestión del hogar o la compra de vestimenta para las personas del hogar. En cualquier caso, esta definición es la que se continúa utilizando en la economía dominante y sobre todo en los organismos oficiales que tienen que ver con temas de estadísticas.

Por otra parte, la definición también ha sido muy discutida. Hay que tener en cuenta que desde que Reid articulara su definición hasta la actualidad, ha habido un amplio desarrollo de la economía feminista. Uno de los debates mantenidos por esta economía ha sido precisamente el tema del trabajo o producción doméstica que preocupó a Margaret Reid. No se puede negar que la situación en la academia y en la sociedad no es la misma ahora que a principios del siglo XX, sin embargo, lamentablemente, todavía existen fuertes rechazos a considerar como parte de la economía las actividades desarrolladas en los hogares. En relación a la definición de Reid, se discute, por una parte, la idea de que toda actividad o trabajo tenga que conceptualizarse en referencia al mercado. Si fuese así, se estaría manteniendo la centralidad mercantil propia de la mayoría de las escuelas en economía. En cambio, se sostiene que el trabajo que se desarrolla en los hogares tiene un objetivo distinto al mercado (el cuidado de la vida y no el beneficio privado), tiene lugar bajo relaciones diferentes ("familiares patriarcales" y no capitalistas) y muchas de ellas tienen difícil o mala sustitución de mercado (aquellas que implican aspectos afectivos o emocionales y que Reid había desechado anteriormente como producción doméstica). Resumiendo, podríamos decir que la definición de

Reid fue rompedora en su momento al tratar un tema totalmente invisibilizado desde la academia y originó un debate posterior que permitió indagar más a fondo lo que representaba la producción doméstica y su relación con la producción de mercado.

Su segunda pregunta, ¿cómo medir y valorar un trabajo que no pasa por el mercado?, a diferencia de la anterior, presenta un carácter más empírico que conceptual. Sin embargo, como se verá, sus propuestas de valoración están directamente relacionadas con su conceptualización, es decir, mantienen la referencia mercantil. Reid sugiere cuatro métodos para medir el valor económico de la producción doméstica. Tres de ellos se conocen como los métodos referidos a los inputs ya que la valoración se realiza de acuerdo con alguna tasa salarial y, el cuarto, se realiza en relación con el output producido en el hogar. El primero, conocido como el método del coste de oportunidad, y tal como su nombre lo indica, valora el trabajo realizado por una persona en el hogar por el salario que dicha persona ganaría en el mercado. Como se observa, de acuerdo con ello, no se estaría remunerando el trabajo realizado sino la cualificación de mercado de la persona. Es fácil ver que con este método, el trabajo doméstico de los hombres estaría mejor valorado sencillamente por la discriminación salarial que viven las mujeres, aunque su trabajo en el hogar fuese de peor calidad. Tampoco sorprende entonces que la escuela iniciada por Becker sobre la economía de la familia (Becker, 1987), donde se plantea que la distribución de los trabajos en el hogar debe realizarse de acuerdo con las ventajas comparativas de mujeres y hombres (sic), se decante por este método.

El segundo método propuesto por Reid se conoce hoy como el de reemplazamiento, y consiste sencillamente en valorar el trabajo doméstico al salario de una persona contratada que lo realice. Son manifiestas las razones de su subvaloración, tanto por la incapacidad de poder sustituir todo el trabajo necesario en un hogar por una persona ajena al hogar como por el bajo salario con que se remunera este tipo de trabajo en el mercado. Con todo, y así, este es el método utilizado actualmente por Eurostat y, en general, por los institutos de estadística al desarrollar las cuentas satélites de la producción doméstica.

El tercer método, que ella misma rechaza por la imposibilidad de que incluya todo el trabajo realizado en el hogar -en particular, todo el trabajo de cuidados-, consistiría en valorarlo de acuerdo con el coste de vivir en una residencia o un hotel. Finalmente, el cuarto método trata de valorar los bienes y servicios producidos en el hogar a precios de mercado y restar el coste de los inputs utilizados en su producción, de tal manera que la diferencia correspondería al valor del trabajo incorporado. Método muy complejo de realizar, aunque la autora pensaba que cada vez más el mercado absorbería la producción del hogar y el método sería de fácil aplicación. Cuestión, que como se observa, no ha sucedido. El trabajo no es una cosa estática, siempre ha sido flexible y cambiante. Así, actualmente en los hogares puede que haya disminuido el tiempo dedicado a algunas tareas, como el lavado de ropa, pero ha aumentado otro, como el tiempo dedicado a cuidados, sobre todo de personas mayores.

Resumiendo, todos los métodos de una u otra manera, guardan relación con el mercado. Así, no se valora el trabajo doméstico y de cuidados desde sí mismo sino en referencia al mercado. De aquí que la valoración de acuerdo con el segundo método señalado -el cálculo de las cuentas satélites y la comparación del valor de la producción doméstica con el Producto Interior Bruto- haya sido fuente de debate dentro de la economía feminista. A favor de dicha valoración se sostiene que al hacer referencia al PIB, siendo este el indicador por excelencia de la economía oficial, ayudaría a la visibilización del trabajo realizado en el hogar. Pero, por otra parte, se insiste en que el PIB como otros indicadores económicos están mal medidos, solo hacen referencia a una parte de la economía excluyendo otras absolutamente necesarias para la continuidad del sistema y, además, presentan un fuerte sesgo androcéntrico. Por tanto, se considera mejor alternativa no continuar con la referencia mercantil, sino desarrollar otros indicadores que den cuenta de toda la economía, es decir, que incorporen los trabajos y flujos económicos que tienen lugar al margen del mercado y todas las relaciones existentes entre ellos.

LA LAMENTABLE FALTA DE RECONOCIMIENTO

Finalmente, habría que preguntarse por qué la economía neoclásica nunca ha reconocido el trabajo de Margaret Reid siendo, como fue, pionera en campos considerados relevantes por dicha escuela. Algunas de las razones provienen de las críticas que tanto la economía feminista como algunas historiadoras del pensamiento económico han hecho de la economía dominante. En primer lugar, el sesgo de género que existía y continúa existiendo en las facultades de economía en relación con los programas, las publicaciones y los campos de investigación considerados importantes. Por tanto, no es difícil entender que a Margaret Reid, siendo mujer y dedicándose a la producción doméstica, no se le hiciera el reconocimiento que merecía. Tal como comentan algunos autores (Forget, 1996; Yi, 1996), desde 1952, Reid fue la única mujer en el departamento de economía de la Universidad de Cambridge, su despacho estaba separado del de los economistas hombres y cobraba un menor salario que estos, aunque estaba situada al mismo nivel académico. Una segunda razón es el androcentrismo del paradigma neoclásico, basado en una supuesta objetividad y metodología científica, lo cual le ha impedido entender la complejidad que presentan los procesos económicos, marginando las economías no monetarias, especialmente aquellos trabajos que se desarrollan en los hogares y están destinados al cuidado de la vida.

Curiosamente, aunque Reid, aparte de dedicarse al estudio de la producción doméstica, diera soporte a la economía neoclásica ofreciendo las bases para la economía de la familia de Becker y la hipótesis de la renta permanente de Friedman, ni aun así, obtuvo el reconocimiento y los premios que merecía. De hecho, nunca fue favorecida con el Premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel (conocido como Premio Nobel de Economía) cuando todos sus colegas –Shultz, Friedman, Modigliani y Becker– que la respetaban por las ideas que le debían, lo fueron recibiendo uno tras otro. Esta circunstancia –como opinan los y las autoras consultadas– puede ser debida no a razones académicas, sino a una complicidad masculina implícita de los comités que otorgan el premio, sesgados en contra de minorías críticas en economía. Solo así se puede entender que desde 1969 que se otorga dicho premio, solo lo haya recibido una mujer, Elinor Ostrom en 2009, (en plena crisis con la economía dominante cuestionada) y nunca le fuese otorgado, por ejemplo, a Joan Robinson.

BIBLIOGRAFÍA

Becker, G. (1987): *Tratado sobre la familia*, Madrid: Alianza Editorial (e.o. 1981).

Forget, E. (1996): "Margaret Gilpin Reid: A Manitoba home economist goes to Chicago", *Feminist Economics*, vol. 3, pp. 1-16.

Reid, M. (1934): *Economics of Household Production*, New York: John Wiley & Sons.

Yi, Yun-Ae, (1996): "Margaret G. Reid: Life and achievements", *Feminist Economics*, vol. 3, pp. 17-36.